

El niño melocotón

Este es un cuento tradicional japonés.

Hace mucho tiempo, en un pueblo pequeño de Japón, vivía una pareja de ancianos que no tenía hijos. A pesar de ser pobres, eran felices y siempre ayudaban a los demás. El anciano pasaba los días cortando leña en el bosque, mientras la anciana lavaba la ropa en el río.

Un día, mientras lavaba la ropa, la anciana vio un melocotón enorme que flotaba por el río. Sorprendiéndose mucho, pensó que sería un buen regalo para su marido. Lo recogió y lo llevó a casa.

Cuando el anciano llegó, decidieron partir el melocotón para cenar. Pero, al abrirlo, tuvieron una gran sorpresa: de dentro del melocotón salió un niño pequeño, rosado y lleno de salud. El niño, con una brillante sonrisa, les dijo que era un regalo del cielo para ellos, por su bondad. Llenos de alegría, los ancianos le llamaron Momotarō, que significa «Niño del melocotón».

Lo criaron con mucho amor, y con los años Momotarō se convirtió en un chico fuerte, valiente y bondadoso.

Un día, Momotarō supo que unos demonios terribles, que vivían en una isla lejana, estaban robando tesoros y sembrando el caos por los

pueblos. Decidió poner fin a todo ello y dijo a sus padres que se marcharía para enfrentarse a los demonios. La anciana le preparó unas bolitas dulces, los kibidango, para que tuviera fuerzas, y le desearon suerte.

De camino hacia la isla, Momotarō se encontró con un perro hambriento que le pidió comida. Momotarō le dio un kibidango, y el perro le prometió que le ayudaría. Más adelante, conoció a un mono, que también se ofreció a unirse a la aventura a cambio de un kibidango. Por último, un faisán de plumas brillantes apareció volando y, tras probar el kibidango, también se convirtió en su fiel aliado.

Juntos, Momotarō, el perro, el mono y el faisán formaron un equipo valiente y viajaron hasta la isla de los demonios. Allí encontraron un gran castillo protegido por una muralla. El faisán voló por encima de la muralla para explorar, el mono trepó para abrir la puerta, y todos juntos entraron en el castillo.

Los demonios eran enormes y temibles, pero Momotarō y sus amigos no se rindieron. El perro mordía a los demonios, el mono los pisaba y los hacía caer, y el faisán los picoteaba desde el aire. Momotarō, con su fuerza, combatió al líder de los demonios y le derrotó. El líder, arrepentido, prometió no hacer más daño y entregó todos los tesoros que habían robado.

Cargados de oro, joyas y alimentos, Momotarō y sus amigos regresaron al pueblo, donde todo el mundo los recibió con alegría. Los ancianos estaban inmensamente orgullosos de su hijo y vivieron felices rodeados de la gratitud del pueblo. Momotarō continuó siendo un héroe generoso y valiente, siempre dispuesto a ayudar a los demás.